

Filosofía, Arte y Letras

Del Duro Oficio

Ha de nacer mi patria

Por
Carlos
Balaguer

"Ahi donde se encuentre la libertad, ahi estará mi patria".

Benjamin Franklin.

Atada, presa, en la habitación clandestina del vivir. Dime, hacia dónde se ha ido tu fiesta. Dime, no obstante de que estás sufriendo tortura, soledad, silencio de ratas difuntas, el sufrimiento de estrellas lejanas, dime, por qué de vez en cuando regresa a tu memoria un resplandor de aurora que enciende tu frente, que desgarrar los lirios cerrados y los abre en floración, dime por qué de vez en cuando retorna a tus labios una sonrisa amplia, como el horizonte del que te separan las líneas paralelas de tu cárcel. Dime, qué sucede, es que yo no comprendo algún milagro en tu vida o es que te gusta el sufrimiento.

Callas. No contestas. No tienes palabras para mí en esta tarde. Sólo me ves. Honda, profunda mirada me das. No hace falta hablar. Las palabras son más breves que el pensamiento, ese pensamiento que es largo y misterioso. No tienes respuesta. No hace falta. Desvías de mí los ojos que se te huyen por entre las rejas de esa ventana de cristal por cuya marco se ve el filme de la vida como en la pantalla de un televisor. Hay para los dos rosas entre la penumbra, un gramófono legítimo. Algunas cosas en nuestra vida son legítimas, otras no. Pero esas pocas que no son legítimas, llevan mucho de ti, de la vida que quieres, del día constante de tu amor. Pero el gramófono, así como tus amigos, como el incensario de bronce, como el relicario, como las flores de grano de oro, silvestres, que se queman en la frescura del patio, eso, todo eso es legítimo. Aun la inquietud que parpadea en la lumbre de nuestra edad.

Tu pensamiento también es legítimo. No hace falta que medio mundo entre a tu celda. Recuerda nuevamente a Rosario Castellanos con esa frase que hirió tu corazón, o la tierra amarga y atormentada de Margarita Paz, o el claro de luna interestelar de Pedro, o los viajes al origen de Hildebrando, o la residencia doliente y amada de Pablo Neruda. El gramófono, es legítimo. Tiene la placa de la época en que aparece el perrito ante un fonógrafo que entonces era de la Victor, pero que con el tiempo ya no fue de la Victor, sino que de la RCA. Porque todo cambia, todo pierde su propiedad financiera de la vida.

Lo único que no cambia ni nos



deja de pertenecer amor mío, es el deseo puro de la libertad. Una y otra vez me vas a decir que qué fue para mí la libertad y esas ideas religiosas que se quemaban como velas de cera. La libertad, entonces te respondo, no es ni religión ni secta. Es un síntoma sagrado. La libertad de volver los ojos hacia arriba, bien arriba, arribísimo. La libertad de confiar en el amor, en las canciones que llevan dentro de sí como campanas los reos de ciudad y sus ilegales suburbios. Los retazos que perdemos como hilachas de fruta sangrante, estrujada, pero con la madurez facilitada por bacterias. Porque el fermento es madurez. Y de ese fermento, de esa madurez, nos alzaremos, amor. Si amor, bien arriba, hasta reconocer que nuestra grandeza era tanta, pero tanta. Tantísima. Porque a pesar de pequeña nos hizo únicos en la muerte. Pero hoy, hoy que la ventana no es quién para cerrar el paso de tu mirada. No dices nada. No respondes a mis palabras necias. Necias y ocreas palabras como una rosa roja en el ayer.

Hoy que estás ante mí, al fin sonriendo, como un sol naranja incendiando el universo de nuestra egocéntrica historieta. Hoy que los árboles palmean y palpan la frescura de un tiempo incierto en el refugio de una anotación. Aquella frasecita que guardaste por accidente. Cuando en este hospital de

occidente viste la miseria en ojos ciegos y de un corazón epidémico. Ya no protestaste porque imperó la ley del más fuerte aunque su fuerza residiera en un almacigo de pólvora y filos cortantes. Nuestra tierra, dura, enmohecida, ya no quiere tener más hijos. Y pensamos si hubiera venido el otro chamaco a retozar en la oscuridad de la guerra. Pensamos si el otro hijo de la muerte se sentiría alegre junto a ti y a mí. Tal vez le cantaríamos una canción.

Porque afuera, no veo la libertad. Y si la veo es a medias. Porque todos la trafican o si la tienen se van a refugiar fuera de los demás. Yo no encuentro dónde inaugurar mi patria.

Mas pienso que he de seguir esperando que el desierto aparezca cubierto de nieve. Y los glaciares con el calor humano de nuestra vida que es lo vital. Y que la espiga vibre libre y silbe. Porque ahí donde esté la libertad será mi patria.

Ha de nacer mi patria amor. Ha de nacer para ti y para mí y para todos a la vez. En nuestro místico amor, es lo que impide en este instante que hablemos. Que tú digas algo y hace que continúes en silencio. Atada. En la dura alternativa de vestir cadenas para acompañar a la tierra en su dolor sumiso. Pero sonríes. Y esa sonrisa que vuelve a ti me llena de ilusión. De ilusión y fantasía.

Los Libros y los Días

El hijo del sacristán

Por Ramón J. Sender

— y II —

Pero el hijo de un sacristán suele ser ateo (y ahí podríamos hallar un eco remoto de Hegel), como el hijo de un fascista suele ser ahora, un nihilista. La naturaleza gusta de la simetría y ésta se produce frecuentemente por la presencia de contrarios-emejantes. Esa tendencia de la naturaleza a la simetría parece natural en un universo curvo y finito (Einstein) es decir esférico, poblado por cuerpos celestes también esféricos y con movimientos uniformes de rotación y traslación. Los únicos disidentes son los cometas que deben ser los anarquistas de la gran familia cósmica.

Esa de la simetría es una buena indicación para comenzar a conocer la existencia. Yo no tengo nada de existencialista y por eso trato de percibirla desde fuera, que es una manera mejor de percepción por aquello de los árboles y el bosque. Y la primera condición para que la simetría sea natural y posible es que cada cosa lleve implícita su contraria, según la viejísima ley dialéctica.

Sería ese un buen punto de partida en el sistema de ideas —no sistemáticas— de Heidegger. Porque ahora está de moda el pensamiento filosófico "no sistemático", es decir que un verdadero filósofo no puede ni debe tratar de crear un sistema (que es lo más parecido a un dogma y a una secta) y que parece excluir esa libertad de la cual vienen todos los milagros del pensamiento humano.

Lo que Heidegger quería o al menos proponía a los demás filósofos era sin embargo que trataran de hallar el "sistema" del universo. Porque el universo tiene un sistema. Ya decía Einstein que si Dios había un día al hombre directamente y claramente, será al través de un lenguaje puro e inequívoco. Seguro e irrefutable. Veraz y sin posibilidad de duda alguna. Y ese lenguaje debería ser —decía el mismo sabio— las matemáticas. El álgebra superior.

Suponiendo que eso sea verdad pocos serán capaces de entenderlo. Entretanto, los que hablan de la libertad, el amor y la verdad, como valores absolutos, creen acercarse a Dios. Yo también lo creo. Y con eso (que no es poco) nos conformamos y tratamos de conllevar nuestra existencia y de edificar nuestra esencia. A veces lo conseguimos aunque no de un modo permanente. Tal vez los únicos que creen lograrlo son esos "locos de divinidad" que llamamos los místicos.

Filósofos como Heidegger eran también locos de divinidad (buscadores de valores absolutos) pero sin Dios. Es decir, sin hallar nunca el momento de definir de una manera determinada decisiva su propia esencialidad.

Entretanto es interesante y apasionante leerlo —de acuerdo o en discordia— y admirable ver hasta qué punto Heidegger vivió siempre de acuerdo con su propia desorientación, condenado por sí mismo al ostracismo después de ver morir en la ignominia a su lamentable arquetipo, el pintor callejero Adolfo Hitler, que Dios haya perdonado.

Voy a dormir

Por Alfonsina Storni

El domingo por la noche llegó a La Nación este poema, entregado al correo en Mar del Plata. El sobre no contenía sino el original de la que, por un designio ahora evidente de la autora, era su colaboración póstuma.

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájalas un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias... Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

(La Nación, 26 de octubre de 1938).

A una virgen

Por Juan Ramón Molina

Yo adoro tus dos trenzas magníficas y oscuras,
tu frente sin mancilla, donde el pesar se ve;
tus grandes ojos tristes, poblados de ternuras,
que con mis labios trémulos y ardientes cerraré;

tus pálidas mejillas de pálidas alburas;
tu boca, en cuyo aliento la gloria beberé;
tu cuello que envidiarán las vírgenes más puras,
tus hombros y tu talle, tus manos y tu pie,

Amo también tu espíritu, frágil y visionario,
frágil y visionario, dulce y extraordinario,
que se encarnó en tus formas tranquilas de vestal.

Y llegaré a tus brazos, a mi pasión abiertos,
como las naves llegan a los ansiados puertos
venciendo los escollos del pelágo fatal.